

que había pasado aquel día, fantasma que lo perseguía intermitentemente, ora trayéndole miedo, ora orgullo. Sin embargo, el recuerdo de su hermano lo eximía de todo sentimiento de culpa. Luego de tres lustros, al visitar a sus padres, pudo ver recién un vídeo que ellos habían filmado poco tiempo después de que se fue. ¿Lo que vio? El hijo del profesor arrojado desde un séptimo piso ante luces tintineantes.

El profesor, con sucias triquiñuelas consiguió expulsarlo a Él del colegio. Era algo que había estado tentando hacía mucho tiempo, pues ya no soportaba más su simple presencia; de hecho, lo odiaba tanto como a su hermano. Al siguiente día, abandonó a su esposa e hijo sin motivo aparente, renunció al colegio y se consiguió un trabajo en la morgue; gracias al cariño de sus nuevos compañeros, pudo convencerse de que no era una mala persona. Pese a ello, cuando las dudas vuelven a invadirlo, canta con Sabina *Y puede que el día del Juicio Final Dios sea mi abogado de oficio*.

LE RUEGO QUEDARSE

Gianfranco Hereña

Pude haber seguido mi camino o quedarme observando cómo la niña se desplomaba a mitad de la calle. Cualquiera que hubiese sido mi reacción, ya la ciudad me había clavado sus ojos furiosos. Creo que a partir de ese instante, la duda si debía ayudarla o no parecía haber quedado resuelta.

Tendría a lo mucho trece o catorce años. Su figura enjuta me producía lástima, pero intenté mostrarme indiferente, quizás esperando a que el resto tomara la iniciativa. Me acerqué lentamente. Titubeé un instante antes de cargarla. Nadie puso objeción en el trámite, ni se esforzaron en hacerlo; todos pasaban, incluso, aquellos quienes yo creía que eran sus compañeros de trabajo.

El sonido de las bocinas me aturdía, la llevé hacia la acera y tomé un taxi lo más rápido que pude. Pedí que me llevara hacia el hospital más cercano. El chofer, acostumbrado al regateo, lanzó una cifra astronómica. Qué más da, acepté por la prisa. El auto se fue alejando. Pude ver cómo el séquito de niños vendedores se abalanzaban sobre la bolsa de caramelos que yacía desperdigada en medio de la pista. Me resquebrajó el alma verlos tan miserables, tan ajenos a lo que acababa de suceder. La niña permanecía ahora inconsciente. Dormía sin interrupciones entre mis brazos y ellos no hacían nada, nadie hacía nada, *país de mierda*, pensé.

Era extraño verme envuelto en tales circunstancias. El rostro del taxista se percató de mi incomodidad y subió el volumen de la radio para eludir cualquier tipo de conversación. Me observaba con sorpresa, quizás porque él también había presenciado la escena del desmayo desde una cuadra atrás. Pero en su entrecejo bruñido por arrugas había algo más. Era piedad o quizás terror, no lo sé, hundió el pie en el acelerador y apenas hice efectivo el pago se esfumó sin decir palabra alguna.

Al llegar, una enfermera se apresuró en alcanzarle una silla de ruedas y conducirla hacia quien sabe dónde. Varias secretarias me rodearon para que les narrara lo sucedido. No sabía su nombre, ni dónde vivía, ni cuáles eran los motivos por los cuales se

había desplomado. *Yo simplemente iba caminando y la vi caerse sin que nadie hiciera nada. La levanté, eso es todo*—era lo único que podía decir.

De pronto, mi relato fue interrumpido abruptamente por un médico. *Ha muerto*—dijo resueltamente en su diagnóstico final. —*Usted que la trajo debe de saber los pormenores del asunto, le ruego que se quede. Esta niña muestra evidentes signos de haber sido violentada sexualmente.*

Todo siguió su curso normal. Las autoridades no tardaron en aparecer y venir a pedirme explicaciones. Narré todo una vez más. Subí a un patrullero y me pidieron que guardara calma porque la prensa estaba en camino. Por la ruta tomada, supe que iríamos hacia la comisaría. Evidentemente asustado, pasaban por mi mente varias hipótesis de por qué me conducían hacia ese lugar. Una de ellas, la

más pesimista de todas, se tradujo en pánico y luego en ganas de llorar incontrolablemente. Todos mis crímenes saltarían a la luz.

Bajé de la camioneta temblando. Dos policías me pusieron marrocas y una lluvia de flashes se precipitó sobre mi rostro. A lo lejos, la voz de una conductora de noticias anunciaba mi captura y la posterior condena que me esperaba. Sin embargo, quiero demostrar que soy inocente de ese crimen. Al menos, porque me queda la conciencia tranquila de saber que estoy limpio del asesinato de Otilia Moreno, de quien hasta el día de hoy no sabía ni su nombre. Puedo dar fe de que a la mayoría de mis víctimas las llegué a conocer, aunque sea un poco.